
Ut Pictura Poesis

Para Eduardo, Víctor y Julio, que encarnaron Alma.

Alegórica pintura

*La gesta habría sido más en lo alto,
al viso dulce de algún sol dorado.
Desnudo el hombro, y en él la gigantesca espada,
iba el muchacho ahora por un prado sombrío.*

*Cendales y zurrón le apretaban el cuerpo
y viento leve se entraba por su cabello oscuro.
Ambarina tetilla y róseos labios, ojos de alegría,
inocencia y pudor, piel viril en blandas llamas...*

*Muy nublo era el camino. Y un río verdeante
y casi mudo, junto al andar del mozo se escapaba.
Ostentaba un trofeo en la mano sin arma:
Melancólica cabeza de protuberantes ojos, cortada.*

*Avida boca de mordisco y sed, afanes saturnales,
anhelo de sombra y temulencia, flujo lunar de apetecer la carne.
Y dijeron las almas: Beba olvido. Descanse este Villena
miserero que amó morir por poseer y arder vida más clara.*

Amor victorioso

*¿Qué dirías que importa? Por el suelo papeles
y violines, y tiorbas y coronas y armas...
Si él llega nada tiene sentido. Lo ofrece todo
en su mirar, su carne es dura y joven,
desvergonzadamente abre los suaves muslos
y brinda el yacente sexo, mientras sus pies
desbaratan todo lo que no sea su propia imagen.*

*Con el dardo ha hecho sangre. Invita a gloria
cierta, a seducción, a gozo, a trasponer fronteras.
Y es total presencia. Himno y loor de la humana carne.
Materia que se goza en la materia y fulge ardiendo.
Placer, cuerpo, saliva y desorden que arrasará con todo.
Pero también hay alas. ¿No es bastante el ofrecido
sexo, los codiciables muslos, ese mordible oro que regala?
¿Qué falta? Pues tales alas dicen todo lo que
no estás viendo, pero comprobarías adelante:
Es hermoso ver, sentir un cuerpo milagroso y terso,
pero engañan sonrisa, perineo y formas tentadoras:
La felicidad es ilusoria, el dolor es real, y se palpa.*

El paso de la laguna Estigia

*A un lado del bosque —por la orilla—
veía extraños fuegos y gritos espantosos.
(Digo bien: Veía gritos, porque nada oía.)
Era el aire melancólico y sombrío,
y lo cruzaban pájaros de color ceniza.
No puedo decir que sufriera exactamente,
era una sucesión de agobio, pesadumbre, angustia,
como queriendo llorar y sintiéndote solo.
Al otro lado del agua (un agua esmeraldina,
profunda, portentosa) se distinguía apenas
otro bosque, y una ignota claridad desconocida.
A la vera del agua (sin rumor, pero móvil)
había un viejo desnudo, con cespia barba blanca.
Le dije: ¿Cuál es la verdad, dime;
qué debí haber hecho? ¿Retirarme de todo,
vivir remoto al mundo, en la paz de las sierras?
¿O arder en las batallas y zozobras,
intrigar, morder ansia, escalar arduamente,
herir al semejante con ponzoña enconada?
¿O simplemente entregarme a la carne,
hundirme entre los cuerpos día a día
mientras seca la lengua siente un vacío instante?*

*¿Qué debí haber hecho? ¿El poder, la soledad,
el amor, el triunfo? ¿A cuál dedicarse?
Y el viejo no se inmutó, aunque yo temblase.
Respondió: Cualquier cosa que hicieras, es lo mismo.
No hay verdad aquí. Nada es verdad segura.*

*Si buscaste el sosiego —sólo eso— ya es mucho...
Esta es la única verdad, siguió. Y me mostró
una barca. Esta de ahora es la sola verdad
de cuanto existe. Y me tendió un vaso de agua clara.
Toma, añadió. Me cogió la mano. Y sentí un blando
frío en los pies, al mojarme, subiéndome a su barca.
Al fondo, un raro sol, como violeta y rojo,
que no daba calor, parecía la sangre cuando mana.*

LUIS ANTONIO DE VILLENA
Bravo Murillo, 355
MADRID